

Manuel Ferrand

Con la noche auestas

PRÓLOGO

Fran G. Matute

el paseo, 2025

Derechos reservados © Herederos de Manuel Ferrand, 1968-2025

© del prólogo: Fran G. Matute, 2025

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2025

www.elpaseoeditorial.com

Colección NARRATIVA | serie {OPERA PRIMA}

1.ª edición en El Paseo: septiembre de 2025

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Maquetación y cubiertas: Jesús Alés

Corrección: Manuela Berdún Gistaín

Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-19188-76-2

DEPÓSITO LEGAL: SE-2418-2025

CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

PRÓLOGO. Extractos de una ópera juvenil: Una oda al barrio de Los Remedios a modo de prólogo para esta nueva edición de <i>Con la noche auestas</i> , de Manuel Ferrand	IX
---	----

Con la noche auestas

I.	5
II.	27
III.	45
IV.	67
V.	89
VI.	117
VII.	147

EXTRACTOS DE UNA ÓPERA JUVENIL:

Una oda al barrio de Los Remedios a modo de prólogo para esta nueva edición de *Con la noche auestas*, de Manuel Ferrand

Cuando el Alzheimer comenzó a apoderarse de mi madre, nos impusimos como rutina (al menos hasta que resultó físicamente imposible hacerlo) dar largos paseos por Los Remedios, el barrio en el que ella había vivido los últimos cincuenta y cinco años. Apenas reconocía ya las calles, se desorientaba rápidamente, tan solo el cruce de Asunción con Virgen de Luján le resultaba familiar. «Ah, ya sé dónde estamos», me decía. Pero no creo que lo supiera realmente. Eran paseos malhumorados la mayor parte del tiempo, pero incluso así veía cómo se extasiaba siempre ante la vegetación de los parques, fuera esta más o menos frondosa, estuviera mejor o peor cuidada. Para calmarle el ánimo, solía llevarla a los jardines de Manuel Ferrand, que tan cerca de casa nos quedaban y donde yo mismo jugué tanto en mi infancia. Subíamos luego por la calle Juan Sebastián Elcano, camino de plaza de Cuba, otro de los pocos lugares reconocibles para ella. Un día, al pasar frente al bar Toro, me dijo: «Aquí venía mucho tu padre». A lo que yo le contesté, no sé bien por qué: «Aquí al lado vivía Manuel Ferrand». «Claro, eran muy amigos», me devolvió ella tan segura, tan convencida, que su aparente lucidez me descolocó por un momento.

Dando por hecho que la revelación era una invención involuntaria de mi madre, esto es, un recuerdo erróneo, uno de

tantos como tenía por entonces, aquella posibilidad me abrió sin embargo todo un mundo de conexiones. A mi padre no pude conocerlo, tuvo la ocurrencia de morir antes de nacer yo; pero a Manuel Ferrand sí que pude, aunque no lo hice. En los jardines que luego llevaron su nombre jugué mucho, como ya he comentado. Me encantaban sus toboganes y columpios oxidados, me escondía entre sus matorrales, me subía como un mono a los árboles y desde las alturas tiraba naranjas a un estanque hediondo que había y en el que no era raro ver palomas muertas flotando bocabajo sin rumbo. Tampoco era raro encontrar por el suelo condones y jeringuillas. El Flash quedaba cerca, y, al fin y al cabo, eran los años 80. Así era el parque de mi infancia, un lugar mágico ante los ojos inocentes de un niño, si bien terrorífico, estoy seguro, para cualquier adulto. Pero la magia era real: un día mi amigo José Manuel Sierra y yo nos topamos, bajo unos arbustos, con un montón de bolsas repletas de juguetes, un tesoro inexplicable que nos llevó a vivir una aventura digna de *Los Goonies*. Años más tarde pasaría por aquellos jardines a Tarro, nuestro majestuoso pastor alemán, quien, con la ayuda de unos operarios, quedó allí enterrado para siempre con vistas al río Guadalquivir. Mi infancia, ya ven, son recuerdos de un parque al que llamábamos «el parquecito» cuando no «el parque de las mierdas», básicamente porque todavía no habían sido bautizados aquellos jardines como de Manuel Ferrand y porque aquello era en verdad una porquería. Pero era nuestra porquería.

Supé mucho después que donde se levantaron estos jardines hubo una zona de chabolas conocida como barriada Laffitte. Ferrand la describe en *Con la noche auestas*. Aquellas casas, ciertamente precarias, serían derruidas previo a la construcción del puente del Generalísimo (hoy afortunadamente de Los Remedios), que quedaría inaugurado en 1968 por el mismísimo ídem. Curiosamente en 1968 se inauguraría el bar Toro que, según mi madre, tanto gustaba a mi padre. Quedémonos pues de momento en 1968, año en el que se publicó la novela que aquí

se recupera y que no tengo muy claro ahora cómo descubrí. Juraría que fue mi amigo José María Moraga, compañero de clase en los Padres Blancos, quien me habló por primera vez de ella. Fue fácil encontrarla, había ganado el premio Planeta. En casa los teníamos todos, los premios Planeta me refiero, y allí estaba, en efecto, *Con la noche auestas*, que empecé a hojear entonces con mucha curiosidad buscando más que nada si era verdad eso que decían de que transcurría en Los Remedios. Pero el nombre de Los Remedios no aparecía por ningún lado, si acaso un personaje se llamaba así, Remedios, probablemente un guiño, pienso ahora, pero nada había entre sus páginas que asegurara que la historia que allí se contenía tuviera que ver realmente con mi barrio. Desmotivado, abandoné pronto su lectura. Sí, ya sé, craso error.

Sin embargo la idea de que en Los Remedios había una historia que contar fue siempre una especie de obsesión para mí, lo veo claro ahora al recordar que llegué incluso a pergeñar, ya talludito, una suerte de novela corta, muy fragmentaria, inspirada por historias sueltas de mi infancia y adolescencia, pero que en su conjunto, a modo de mosaico, ofrecían (o a eso al menos aspiraba yo) una mirada sentimental de lo que supuso para mí criarme en aquellas calles. El engendro tuvo título y todo: *Extractos de una ópera juvenil*. Afortunadamente nunca la rematé. Con este amago de novela, ¿estaba tratando de emular a Manuel Ferrand, quizás escribiendo lo que en su momento no encontré (o no supe encontrar) entre las páginas de *Con la noche auestas*? La novela de Ferrand me seguía persiguiendo, incluso sin haberla leído entera.

Prueba de ello es que hace diez años el Centro de Estudios Andaluces me encargó comisariar una magna exposición itinerante que llevó por título *Días de viejo color. Vestigios de una Andalucía pop (1956-1986)*. En ella quise, entre otras historias, reconocer la modernidad literaria de toda una generación de novelistas andaluces que floreció a lo largo de los años 60 y 70, englobada en su día bajo la efectiva etiqueta de «Narraluces».

aliciente publicitario. En la prensa local, a Ferrand se le agasajó con multitud de reportajes más centrados, eso sí, en lo personal que en lo literario. Al fin y al cabo era el primer sevillano (y aún el único) en alzarse con tan (entonces) prestigioso galardón. Sabemos que 386 novelas se presentaron ese año al premio. Sabemos también que la votación estuvo reñida hasta el final, por lo que José Manuel Lara, el editor, no ocultó la alegría de que, tras diecisiete ediciones, por fin «un paisano» fuera obsequiado con su premio. «No se me puede acusar de parcialismos», afirmaría de hecho en prensa, pero sí que se le acusaría con el tiempo, aunque esa sea otra historia. La crítica, por su parte, fue, en términos generales, generosa con la novela. La hemeroteca digital nos permite ahora comprobar que se publicaron entrevistas, artículos o reseñas en medios tan dispares como *ABC*, *El Correo de Andalucía*, *Pueblo*, *La Estafeta Literaria*, 7 fechas, *Nueva Alcarria*, *Diario de León*, *Ideal*, *La Nueva España*, *Diario de Mallorca*, *Informaciones*, *La Vanguardia Española*... Con la noche a cuestas se leyó en todas partes y por toda clase de lectores, pues, como se destacaba en una de estas reseñas, estábamos ante «una historia de Sevilla sin tópicos ni flamenquismos».

No hay duda por tanto de la universalidad del retrato humano y social dibujado por Ferrand, tampoco de su vigencia literaria, como no debe haber duda de que para los sevillanos esta novela es y será siempre terriblemente especial, no solo por ser, como hemos visto, la Gran Novela sobre Los Remedios, sino porque es también, me temo, la Gran Novela sobre la Sevilla de los años 60, un título imprescindible para entender el proceso de cambios al que se vio sometido este país durante el tardofranquismo. Cómo será de importante, cómo estará llena de vida todavía, que al releerla me he visto deambulando por las calles del barrio, con mi madre, con nuestra particular noche a cuestas.

FRAN G. MATUTE

Con la noche auestas

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

A Consuelo, mi mujer

Pasó el último autobús, casi vacío, camino del centro. Serían las dos y cuarto y el airecillo norte retorció, como jugando, la columna de humo a la puerta de la caseta.

Tirso se asomó y las orejas se le quedaron como atravesadas por agujas. Cuando el autobús se perdió de vista el hombre volvió a meterse en la caseta de madera porque, después de todo, mejor se estaba allí, envuelto en el capote viejo y la manta, que no a la intemperie, junto a lo que quedaba de hoguera.

Las primeras noches fueron más entretenidas porque siempre surgía un ruido que lo mismo podía ser de ratas que de ladrones y porque se pasaba las horas viendo sombras que se movían por los alrededores de la obra. Al menor ruido, ya estaba fuera de la caseta. Entonces, en la penumbra veía moverse algo entre los montones de material o al lado de la hormigonera, o donde los sacos de cemento; se acercaba y no había nadie. Otras veces, subía la escalera sin barandas ni enlosado y recorría una por una las plantas del edificio.

Ya no, pero antes el hombre le echaba valor y acudía a todas partes, pasando frío y miedo, no fuera a ocurrir que cualquier mañana descubrieran un robo y le hicieran cargar con el mochuelo. Por eso lo de trepar hasta la más alta viga o indagar en el almacén, y subir y bajar con cuidado los escalones húmedos de mezcla reciente.

A veces, el ruido le llegaba de un gato que rebuscaba o de un papel deslizado por el aire rastrero. Y en cuanto a las sombras, podía ser la de una espuerta pendiente de un tiro o de un saco que el viento tremolaba como sucia bandera.

Tirso llegó a conocer sombras y a distinguir ruidos y, tal vez por eso, y porque el invierno se le echaba encima, fue poco a poco perdiendo interés por las pesquisas y cada vez salía menos de la caseta. Fue por aquellas noches cuando empezó a recordar canciones antiguas, rebuscando en la memoria las más viejas, las de su niñez. Y fue también cuando descubrió el consuelo de hablar solo. Cuando las horas quedaban prendidas y sin pasar, en la madrugada honda, el hombre hablaba y sus palabras le envolvían haciéndole compañía, rebotando en las paredes de la caseta. Una noche se sorprendió de su voz, como si no la conociera, y se estremeció. Estuvo callado largo tiempo y después volvió a lo mismo diciendo palabras sueltas, primero muy bajo y luego tan alto que parecía haberse vuelto loco. Cuando se dio cuenta, estaba sudando.

Unas noches en cuanto acababa la televisión y cerraban la cafetería de enfrente, y otras más tarde, caía por allí el sereno de la demarcación. Se llamaba Castro y tenía un defecto en una pierna, por lo que el bastón, además de arma de autoridad, de defensa y ataque, le venía que ni pintado para su cojera.

Era un tipo raro ese Castro. Contaba cosas extravagantes que molestaban a Tirso las más de las veces, pero había que soportarlo porque hacía un rato de compañía, y eso se agradece cuando se está de guarda toda la noche. Decía que, en su pueblo, el año 41 nevó a fines de abril y se puso la plaza con más de un metro de nieve. Esto a Tirso le sentaba como un tiro porque estaba seguro de que era cuento, y así se lo decía. El otro aseguraba que era verdad y que no tenía más que preguntar en el pueblo. Como no era cosa de alargarse a la provincia de Pontevedra, ello quedaba así, sin más discusión.

Otra noche, Castro contó que (en su pueblo, claro está) un sujeto se comió un cordero en una cena de boda.

—Un cordero chico —aclaraba.

—Ande ya...

—Le digo que sí. Era un pariente mío, que se llamaba Plácido. Él solo se comió el cordero. Y tenía un hermano que se llamaba Estratónico...

Esto ya no se podía aguantar.

—¿Cómo ha dicho usted?

—Estratónico.

—Ya está bien.

—¿Cómo que está bien?

—Que bueno está lo bueno.

Tirso le volvió la espalda y se metió en la caseta con gesto de hombre ofendido.

Varias noches estuvo Castro sin volver por allí.

Tirso le veía pasar por la acera de enfrente, lo más de prisa que le permitía la cojera, y no hizo nunca por llamarle. Pero la noche es larga y pesa lo suyo, y Tirso le echó de menos en seguida.

Antes de una semana, Castro volvió por la obra.

—¿Un pitillo? —ofreció.

Se alegró Tirso, pero hizo lo posible para que no se le notara.

Fumaron en silencio las primeras bocanadas.

—Estas noches estuve muy ocupao.

—Ya —aceptó Tirso.

—El jueves hubo jaleo allí arriba.

—¿El jueves?

—Robaron en el piso de un periodista.

El sereno contó lo del robo. Uno más en el barrio y uno más en la ciudad, del que no habló la prensa.

Ocurrió sobre las cinco de la madrugada cuando todo era silencio dentro del piso y fuera de él. El periodista dormía y quienquiera que fuere se coló por una terraza aupándose en un cajón de madera, un cajón grande que había en el bajo, amontonado con otros, a la puerta misma del almacén. El fulano debió de ver desde la calle la puerta no bien cerrada de la terraza, arrimó el pedestal y, más tranquilo que el mundo, saltó la baranda y se coló en el piso.

—Digo yo que conocería la casa —opinó Tirso.

—¿Y yo qué sé? Esas cosas ocurren de la manera más tonta.

Y siguió su relato, dando detalles que asombraban más al guarda de la obra. Le informó de que el ladrón, harto de pasearse

de un cuarto al otro, se fue por la puerta del piso, bajó la escalera y salió a la calle tan campante, y se llevó cuanto quiso.

–Oiga usted, ¿y no se despertó nadie?

–Nadie. Ni los niños, ni la mujer, ni él, ni la muchacha. Todos durmiendo. Yo no sé si es que les echaron algo para que se durmieran o qué.

–Yo lo que digo es que hace falta valor.

–La Guardia Civil dice que esta gente son como drogaos. ¿Se da usted cuenta? Se fuman mariguana o vaya usted a saber qué, y ya no le tienen miedo a na.

–Como sonámbulo.

–Pero con los ojos muy abiertos.

Castro dijo entonces que en eso de los robos no sabía nadie a qué atenerse.

–¿Usted no se acuerda del robo de la calle Aire?

–No.

Entonces le contó el amigo lo que sabía. Era un robo muy sonado que pasó años atrás. Una condesa o marquesa, era por tiempo de Semana Santa, que llega a su casa sobre las doce de la noche, dispone todo para salir a las siete de la mañana a su finca de campo, abre la caja fuerte, recoge sus joyas en un maletín y lo deja en la cabecera de la cama. Y se echa a dormir.

A la mañana, el maletín no está. Gritos, alarma, avisos a la policía y se ponen en marcha las investigaciones porque las alhajas robadas estaban valoradas en varios millones. Empezaron por interrogar a la servidumbre. ¿Quién, si no, iba a saber que la caja fuerte se abría a las doce de la noche? ¿Quiénes mejor enterados que el chófer, las sirvientas, el mozo de comedor, del propósito de salir a las siete de la mañana? La cosa estaba más clara que el agua. Pero, amigo, pasaron dos días y las joyas no aparecían por ninguna parte. Nadie sabía nada. Nadie cantó.

Y una tarde, un agente de la brigada recibe una llamada telefónica de un confidente, citándole para un bar de Triana. Allá va el hombre a ver qué nuevas hay y se encuentra con un sujeto que le lleva a un velador, se mete la mano en el bolsillo y saca un paquete que abre y derrama sobre la tapa de la

mesa. Eran las joyas. Las había comprado por nada y menos a un desgraciado.

—¿Y sabe usted quién era el ladrón? —concluyó Castro—. Pues un granujilla de los que se dedican a robar ropa tendida por las azoteas. Fíjese usted lo que son las cosas. Esto se escribe y no se cree. Iba el randa por los jardines de Murillo y de pronto ve que le sigue un tipo raro. Se fija y era un marica. Entonces, al hombre le da miedo y lo esquivo metiéndose por las callejuelas; pero el otro le sigue. Ya le digo a usted que se cuenta y no se cree. El chorizo, en vista de eso, dobla una esquina, encuentra una puerta entreabierta y sube que se las pela escalera arriba hasta que llega a la azotea. Si llega a ver ropa tendida, aquí se acabaría el cuento, porque hubiera ido a lo suyo de siempre. Pero no había nada y el hombre saltó a la azotea de al lado. Allí encontró otra puerta y bajó tranquilamente. Estaba en la casa de la dueña de las joyas. Todo el mundo dormía, ¿se da usted cuenta?, y el hombre se puso a recorrer pasillos, por aquí entro, por aquí salgo, hasta que se encontró en el dormitorio, junto a la cama y frente al maletín.

—Y lo trincó.

—En menos que se piensa. Luego dejó el maletín en otro cuarto y se llevó nada más que las joyas que no abultaran en los bolsillos. De modo que ¿qué me dice usted? La policía y todo el mundo pensando en que los criados tenían que ser a la fuerza los ladrones, y el ladrón de verdad resultó ser un randa que se llevó todo aquello por pura chamba.

Siguió el relato de los ladrones por algún tiempo, porque el gallego, como brujuleaba tanto por todas partes y se conocía a guardas y a porteros, a criadas y a todo quisque, sabía lo suyo del tema.

—Le digo a usted que la cárcel estará medio vacía, pero lo que son las calles... A mí me decía, no le digo a usted quién, pero uno que conoce bien cómo está el ambiente, que al que pillan robando lo sueltan en menos de lo que se dice.

—Pues yo —replicó Tirso—, ya ve usted, soy más pobre que las ratas, pero que el que se mete en una casa para robar debiera pasar muchos años en la cárcel. Pero muchos años.